

—Qué queréis decir?

—En el nombre del cielo, no me pin- teis una felicidad que yo nunca he de gozar!

—Ethel! la replicó el anciano con tono severo, no juegues con tu porvenir. Yo rehusé la mano de una princesa de san- gre real, de una princesa de Holsteim- Augustemburgo, lo oyes? y mi orgullo fué cruelmente castigado; tú desdeñas la de un hombre oscuro, pero leal; teme á ser castigada como yo.

—¡Pluguiese al cielo que Ordener fue- ra un hombre oscuro y leal!...

Levantóse el anciano y dió algunos pasos por la estancia en completa agi- tación.

—Tu padre te lo ruega y te lo manda. No me dejes inquieto por tu porvenir á la hora de mi muerte. Prométeme que aceptarás á ese jóven por esposo.

—Os obedeceré siempre, padre mio, pero no esperéis que vuelva.

—He pesado todas las probabilidades, y creo, á juzgar por el acento con que pronuncia tu nombre...

—Que me ama? interrumpió diciendo amargamente Ethel. Oh, no lo creais!...

Schumacker dijo con frialdad:

—Ignoro si te ama, pero yo sé que volverá.

—Perded esa esperanza, padre mio. Además, que si le conociérais quizás no le admitierais por yerno.

—Lo será, Ethel, tenga el nombre y el rango que tenga.

—Pues bien, replicó ella, ¿si ese jóven, en quien creéis ver un amigo y un apo- yo para vuestra hija, fuese, padre mio, hijo de uno de vuestros mortales enemi- gos, por ejemplo, del virey de Noruega, del conde de Guldenlew?

Schumacker retrocedió dos pasos.

—Qué dices! Gran Dios! Ordener! ¡ese Ordener! imposible!

La indecible expresion de ódio que acababa de encenderse en los ojos apa- gados del anciano heló el corazón de la pobre Ethel, que en vano se arrepintió de las imprudentes palabras que acababa de pronunciar.

Pero el daño estaba ya hecho. Schu- macker permaneció unos momentos in- móvil y con los brazos cruzados; tem- blaba todo su cuerpo como si estuviese sobre áscuas; sus pupilas, llameantes, le saltaban de las órbitas, y su mirada, clavada en las losas del pavimento, pa- recía quererse hundir en ellas. Al fin sa- lieron de sus azulados labios algunas palabras pronunciadas con débil voz.

—Ordener! ¡Sí... eso es, Ordener Gul- denlew! Bien! ¡Schumacker, viejo insen- sato, abre los brazos para que ese leal jóven venga á darte de puñaladas!

De repente, hiriendo el suelo con el pié, exclamó con voz tonante:

—¡Me han enviado á ese infame para insultarme en mi caída y en mi cau- tividad! ¡Ya he podido ver á un Ahlefeld y casi he sonreido á un Guldenlew! Mónstruos! ¿Quién hubiese creido que ese Ordener llevase semejante alma y semejante nombre? ¡Ah, desgraciado de mí!

Anonadado cayó sobre el sillón, y mientras salían de su agitado pecho hondos suspiros, la pobre Ethel, palpi- tante de sobresalto, lloraba á sus piés.

—No llores más, hija mia, dijo con voz siniestra, y ¡ven, ven á que te estre- che contra mi corazón!

El anciano la abrazó cariñosamente.

Ethel no podia explicarse los cariños de su padre en aquel momento de rabia, cuando éste prosiguió:

—Al menos, hija mia, has sido más previsora que tu anciano padre. No te ha engañado la serpiente de ojos dulces y venenosos. Ven; quiero agradecerte el ódio que demuestras al execrable Or- dener.

Ethel se estremeció al oír aquel elogio inmerecido.

—Padre mio, serenaos, le dijo.

—Prométeme, insistió diciendo Schu- macker, de consagrar siempre los mismos sentimientos al hijo de Guldenlew; júra- melo.

—Dios prohíbe los juramentos, padre mio...

—Júramelo, repitió el anciano con vehemencia. ¿No es verdad que siempre tendrás el mismo corazón para Ordener Guldenlew?

Ethel respondió en seguida:

—Siempre.

El anciano la estrechó contra su pecho.

—Bien, hija mia! que á lo menos te legue mi ódio á toda su raza, ya que no puedo legarte los bienes y los honores que ellos me robaron.—Escucha: ellos arrebataron á tu anciano padre su rango y su gloria; le llevaron desde un cadalso á un calabozo para mancharme con todas las infamias y hacerme pasar por todos los suplicios. Miserables! ¡Y á mí me debían el poder que emplearon contra mí! ¡Oh, que me oigan el cielo y el infierno y que sean todos ellos mal- ditos en su existencia y malditos en su posteridad!

Calló un momento, y luego, abrazan- do á la tímida Ethel, que aterraban aquellas imprecaciones, la dijo:

—Pero, Ethel mia, tú que eres mi única gloria y mi único bien, dime: ¿cómo es que fué tu instinto más hábil que el mio? ¿Cómo descubriste que ese traidor llevaba uno de esos nombres aborrecidos que están escritos con hiel en el fondo de mi corazón? ¿Cómo pene- traste ese secreto?

Ethel reunía todas sus fuerzas para responder á su padre, cuando se abrió la puerta de la prision.

Un hombre, vestido de negro, que llevaba en la mano una varita de ébano y pendiente del cuello una cadena de acero bruñido, se presentó en la estancia, rodeado de alabarderos vestidos tambien de negro.

—Qué quieres de mí? preguntó el pre- so con asombro y con acritud.

El hombre, sin responderle ni mirarle, desarrolló un largo pergamino, del que pendía, con hilos de seda, un sello de cera verde, y leyó en alta voz:

—“En nombre de su majestad nuestro misericordioso soberano y señor, Chris- tiern, rey.

“Se manda á Schumacker, prisionero de Estado en la fortaleza real de Munc- kholm, y á su hija, que sigan al portador de la presente orden.”

Schumacker repitió la pregunta:

—Qué quieres de mí?

El hombre negro, siempre impasible, empezó otra vez la lectura.

—Basta, dijo el anciano.

Entonces, poniéndose en pié, hizo se- ñal á Ethel, que estaba atónita y asusta- da, de seguir con él á aquella lúgubre comitiva.

## XLI.

Después de la señal lúgubre, un abyecto ministro de la justicia llama á su puerta para decirle que le nece- sitan.

(J. DE MAISTRE.)

**E**ra de noche y un viento frío y fuerte silbaba alrededor de la torre Maldita, y las puertas de las ruinas de Vygla tem- blaban en sus goznes, como si una mis- ma mano las sacudiera todas á la vez.

Los feroces habitantes de la torre, el verdugo y su familia, estaban reunidos alrededor de la hoguera encendida en medio de la sala del primer piso, que der- ramaba resplandores vacilantes en sus rostros sombríos y en sus vestidos de es- carlata. Había en las facciones de los

niños rasgos feroces, como la risa de su padre, y rasgos hurafios, como la mirada de su madre. Sus ojos, lo mismo que los de Beclia, estaban fijos en Orugix, que, sentado en un banquillo de madera, es- taba recobrando el aliento; los piés del verdugo, cubiertos de polvo, daban á entender que acababa de llegar de leja- na expedicion.

—Escuchadme, decia éste á su mujer y á sus hijos; no he estado ausente dos dias enteros para traeros malas noticias. Si antes de un mes no se me nombra ejecutor real, no quiero ya apretar ni un nudo corredizo, ni manejar un hacha. Regocijaos, lobeznos míos, porque qui- zás os pueda dejar vuestro padre por herencia nada menos que el patíbulo de Copenhague.

—Nychol, pues qué sucede? le pregun- tó Beclia.

—Y tú, gitana mia, prosiguió dicien- do Nychol con risa bestial, ¡alégrate tambien! Tú podrás comprar collares de vidrio azul para adornar tu cuello de cigüeña ahorcada. Pronto termina nues- tra contrata; pero te juro que antes de un mes, cuando veas que soy el primer verdugo de los dos reinos, no te negarás á romper otro cántaro (1) conmigo.

—Pues qué hay, padre? preguntaron los hijos, el mayor jugando con un caba- llete ensangrentado y el menor entrete- nido en desplumar un pájaro vivo, que robó á su madre de dentro del nido.

—Os lo voy á decir. Acaba de matar ese pájaro, Haspar; chilla como una mala sierra, y además no debes ser cruel. Mátalo.—¿Me preguntais qué es lo que hay? Nada, muy poco en verdad, señora Beclia: que antes de ocho dias el ex-can- ciller Schumacker, prisionero ahora en Munc kholm, despues de haberme visto la cara de cerca en Copenhague, y el fa- moso bandido Han de Islandia, van á caer los dos entre mis garras.

Los ojos desencajados de la mujer roja tomaron la expresion del asombro y de la curiosidad.

—Schumacker y Han de Islandia! cómo puede ser eso?

—Voy á contároslo. Ayer por la ma- ñana me encontré en el camino de Skongen, en el puente de Ordals, á todo el regimiento de arcabuceros de Munc- kholm, que regresaba á Drontheim vic- torioso. Pregunté á uno de los soldados, que se dignó responderme, porque sin

(1) Costumbre gitana, por la que quedan casados durante cierto número de años el hombre y la mujer que, de comun acuerdo, rompen un cántaro ó una alcarraza.



duda no sabia por qué mi casaca y mis pantalones son rojos, y supe que los arcabuceros volvian de las gargantas del Pilar Negro, en donde derrotaron á bandadas de bandidos, quiero decir, de mineros insurrectos. Ahora bien; has de saber, Beclia, que esos rebeldes se rebelaban en nombre de Schumacker, é iban capitaneados por Han de Islandia; pues esa insurreccion contra la autoridad constituye un famoso crimen de Han de Islandia y otro crimen de alta traicion de Schumacker, los que conducirán, naturalmente, á esos dos ilustres señores á la horca ó al tajo. Añade á esas dos soberbias ejecuciones, que lo menos me producirán quince ducados de oro cada una, y me honrarán en los dos reinos con algunos otros gajes, menos importantes en verdad...

—Pero, ¿se han apoderado de Han de Islandia? le interrumpió Beclia.

—¿Por qué interrumpes á tu señor y amo, mala gitana? le dijo el verdugo. Sí señor; ese famoso, ese invisible Han de Islandia, ha caido en poder de los arcabuceros, así como tambien otros jefes rebeldes, que tambien cada uno de ellos me producirá doce escudos, sin contar la venta de los cadáveres. Se han cogido, y yo los he visto, ya que es preciso satisfacer tu curiosidad, pasar entre las filas de los soldados.

La mujer y los muchachos se acercaron á Orugix con rapidez.

—Le has visto, padre, le has visto? le preguntaron.

—Callaos, chiquillos. Le he visto. Es un gigante; iba con los brazos cruzados, atados detrás de la espalda, y llevaba la frente vendada; sin duda está herido en la cabeza. Pero que se tranquilice, que dentro de poco le curaré esa herida.

Después de sazonar esas horribles palabras con un gesto más horrible todavía, el verdugo continuó:

—Detrás de él iban cuatro de sus compañeros, igualmente prisioneros y tambien heridos, que los llevaban á Drontheim, donde serán juzgados, así como tambien el gran ex-canciller Schumacker, por un tribunal, al que asistirá el síndico mayor y que presidirá el gran canciller actual.

—Pero ¿cómo eran los otros prisioneros?

—Los dos primeros eran viejos, uno de ellos llevaba sombrero de minero y el otro gorra de montañés; uno y otro parecian desesperados. De los otros dos, uno era un jóven minero que marchaba con

la cabeza erguida y silbando; el otro... ¿Te acuerdas, Beclia, de los viajeros que se albergaron en esta torre, hace diez dias, la noche de aquella terrible tempestad?

—Lo recuerdo como Satanás se acuerda del dia de su caída, respondió la mujer.

—¿Te fijaste en uno de los viajeros, en el jóven que vino acompañado de aquel doctor loco que llevaba gran peluca? ¿Un jóven que iba vestido de negro, con capa verde y con pluma negra en la gorra?

—Aun creo verle delante de mí cuando me dijo: *Mujer, tenemos dinero.*

—Pues yo solo he torcido en mi vida el cuello á pollos y á gallos si dicho jóven no es el cuarto prisionero que llevaban los arcabuceros. Verdad es que entre la gorra, el embozo de la capa y el llevar la cabeza gacha no se le veia la cara, pero aquel era su porte, su aire y su traje. Consiento en tragarme de un bocado la horca de Skongen si ese jóven no es nuestro huésped. ¿No te parece, Beclia, que es cosa de risa que, después de haberle yo proporcionado alimento para sostener su vida, reciba ahora tambien de mis manos con qué perderla, y que yo ejercite en él mi destreza, después de ejercitar en él la hospitalidad?

Prolongó el verdugo su risa bestial y siniestra y luego prosiguió:

—Ea, regocijaos todos y bebamos. Dame, Beclia, un vaso de esa cerveza que raspa la garganta; quiero vaciarlo á la salud de mi próximo encubramiento.—¡Honra y salud al señor Nychol Orugix, ejecutor real en perspectiva!—Te confieso que me supo mal ir á la aldea de Næs á ahorcar oscuramente á un miserable ladron de coles y achicorias; pero luego, pensándolo bien, he comprendido que no debia desdeñarme de tomar treinta y dos ascalinos y que mis manos no se degradarán ajusticiando á simples ladrones y otros canallas de esta calaña, hasta haber decapitado al noble conde ex-gran canciller y al famoso bandido Han de Islandia. Resignéme, pues, mientras espero el diploma de ejecutor supremo, á despachar al pobre miserable de la aldea de Næs, y aquí tienes los treinta y dos ascalinos que te traigo.

En este momento se oyeron tres toques sucesivos de corneta por la parte de fuera de la torre.

—Beclia, dijo Orugix, esos son los arcabuceros del síndico mayor.

Diciendo esto se puso en pié y bajó á toda prisa la escalera.

Poco tiempo después reapareció en la estancia llevando en la mano un gran pergamino, del que ya habia roto el sello.

—Toma, le dijo á su mujer; entérame de lo que me envia el síndico mayor. Descíframe eso, gitana, tú que lees hasta los garrapatos de Satanás. Puede que sea mi patente de promocion; porque ya que ha de presidir el tribunal un gran canciller y otro gran canciller va á ser el reo, convendrá que el verdugo que ejecute su sentencia sea un verdugo real.

Recibió la mujer el pergamino, y después de pasar la vista por él, leyó en alta voz, mientras que los chiquillos fijaban en ella la mirada estúpida:

—“En nombre del síndico mayor del Drontheimnus: Mando á Nychol Orugix, verdugo de la provincia, que inmediatamente se traslade á Drontheim con el hacha de preferencia, el tajo y las colgaduras negras.”

—Y es eso todo? preguntó descontento el verdugo.

—Eso es todo lo que dice el pergamino.

—Verdugo de la provincia! murmuró Orugix entre dientes.

Permaneció unos momentos malhumorado, mirando con fijeza el pergamino: después dijo:

—Vamos, pues; es preciso obedecer y ponerse en camino. Me piden, sin embargo, el hacha de preferencia y las colgaduras negras. Beclia, quita con mucho cuidado las manchas del orin que deslucen el hacha y mira si tienen manchas los paños. Al fin y al cabo nada se ha perdido, y puede que no me quieran ascender hasta ver cómo me porto en la ejecucion. Tanto peor para los reos: no tendrán la satisfaccion de que los ejecute un verdugo real.

## XLII.

ELVIRA.  
¿Qué se ha hecho el pobre Sancho,  
que solia ser mi esposo?

NUÑO.  
Volvió á ver á aquel famoso  
Alfonso, rey de Castilla.

ELVIRA.  
Luego no ha estado en la villa.

NUÑO.  
Hoy esperándole estoy.

ELVIRA.  
Y yo que le maten hoy.

NUÑO.  
Tal crueldad me maravilla.

Sancho se sabrá guardar.

(LOPE DE VEGA.)

El conde de Ahlefeld, arrastrando una lancha toga de raso negro, forrada

de armiño; cubierta su cabeza y sus hombros con una enorme peluca de magistrado y lleno el pecho de estrellas y de condecoraciones, entre las que se distinguen los collares de las órdenes reales del Elefante y de Dannebrog; vestido, en fin, con el traje completo de gran canciller de Dinamarca y de Noruega, se paseaba con aire inquieto en la habitacion de la condesa de Ahlefeld, que estaba sola con él á la sazón.

—Son las nueve, y el tribunal vá á abrir la sesion; no quiero hacerle esperar, porque es preciso que se pronuncie esta noche la sentencia, para que se ejecute mañana y á la madrugada. El síndico mayor me asegura que el verdugo estará aquí antes de amanecer. ¿Diste la orden, Elfega, de que preparen la lancha que debe conducirme á Munkholm?

—Hace media hora que os espera, añadió la condesa, incorporándose en el sillón.

—La litera está á la puerta?

—Tambien.

—Vamos... ¿No me dijiste, Elfega, añadió el conde dándose un golpe en la frente, que existe no sé qué galanteo entre Ordener Guldenlew y la hija de Schumacker?

—Existe, os lo aseguro, respondió la dama, colérica y despechada.

—Quién diablos habia de creerlo?... Sin embargo, yo ya tenia mis sospechas.

—Y yo tambien, contestó la condesa. Eso es una mala pasada que nos ha hecho el maldito general Levin.

—Pícaro viejo! pero estate tranquila, te recomendaré á Arensdorf. ¡Si yo pudiera derribarle!... Ah, escucha, Elfega! Un buen pensamiento me ocurre en este instante.

—¿Qué te ocurre?

—Sabes que hemos de juzgar á seis individuos en el castillo de Munkholm: Schumacker, á quien espero ya no temer mañana á estas horas; al coloso montañés, al falso Han de Islandia, que juró sostener su papel hasta el fin, con la esperanza de que Musdæmon, de quien ha recibido ya grandes sumas, le proporcionara los medios de fugarse. Ese Musdæmon tiene ideas verdaderamente diabólicas. Los otros cuatro acusados son los tres jefes de los rebeldes y un quidam que, sin saberse cómo, se apareció dentro de la mina de Apsyl-Corh, y que las precauciones que tomó Musdæmon le hicieron caer en nuestras manos. Musdæmon cree que es un espía de Levin de



Kund. En efecto, la primera palabra que pronunció al llegar aquí fué el nombre del general; cuando supo la ausencia de éste, dió muestras visibles de consternación; además, no ha querido contestar á ninguna de las preguntas que le dirigió Musdæmon.

—Por qué no le interrogaste tú mismo?

—No tuve tiempo; me abruma el trabajo desde mi llegada. He descargado el peso de este asunto sobre Musdæmon, á quien interesa tanto como á mí. Además, ese hombre no tiene ninguna importancia; supongo que será algún miserable vagabundo. Solo podemos sacar partido de él presentándole como á un agente de Levin de Kund, y como fué cogido entre los rebeldes, podemos probar connivencia culpable entre el general y Schumacker, que bastará para provocar, si no una acusación contra Levin, al menos su caída.

La condesa quedó un rato pensativa y despues dijo:

—Tienes razón... pero esa fatal pasión del baron de Thorvick por la hija de Schumacker...

El gran canciller, encogiéndose de hombros, la interrumpió:

—No somos ya jóvenes ni novicios en la vida tú y yo, y sin embargo, no conocemos á los hombres. Cuando quede otra vez Schumacker deshonrado por otro juicio de alta traición; cuando haya sufrido en el cadalso muerte infamante; cuando su hija llegue á caer en el último grado social, manchada públicamente con el eterno oprobio de su padre, ¿crees, Elfega, que entonces Ordener Guldenlew se acuerde un solo instante de sus amoríos juveniles, que calificas de pasión, fiado de los sentimientos exaltados de una loca prisionera? ¿Piensas que vacile un solo instante en elegir entre la hija deshonrada de un miserable criminal y la hija ilustre de un glorioso canciller? Cada cual debe juzgar el corazón humano por el suyo. ¿Y no conoces, Elfega, que es esta la condición de la naturaleza humana?

—Deseo que tengas razón. Espero, sin embargo, que apoyes la demanda que dirigí al síndico mayor, pidiendo en ella que la hija de Schumacker asista al proceso de su padre y se la coloque en la misma tribuna que á mí. Tengo deseos de estudiar el corazón de esa joven.

—Todo lo que pueda ilustrarnos en esta materia hay que tomarlo en cuenta, respondió con flemma el canciller.—Pero dime, ¿se sabe dónde se encuentra Ordener á estas horas?...

—Nadie lo sabe; es Ordener digno ahijado del general Levin y un caballero errante como él. Creo que éste ahora visita el Vard-Hus...

—Nuestra Ulrica le hará sentar la cabeza... Me olvidaba de que el tribunal me espera.

La condesa detuvo al canciller, que iba á salir.

—Escucha una palabra más. Te lo pregunté ayer, pero está tan preocupado tu espíritu, que no obtuve contestación. ¿Dónde está Federico?

—Federico! exclamó el conde con acento sombrío.

—Respóndeme; dónde está Federico? Su regimiento volvió á Drontheim sin él. Júrame que Federico no se encontró en la terrible batalla del Pilar Negro. ¿Por qué te has inmutado al pronunciar yo el nombre de nuestro hijo? Me has sumido en mortal inquietud.

El canciller recobró su natural serenidad y la dijo:

—Elfega, tranquilízate. Te juro que Federico no ha estado en los desfiladeros del Pilar Negro. Además, tú ya sabes que se ha publicado la lista de los oficiales muertos y heridos en aquella acción.

—Eso me tranquiliza, contestó la condesa. En ella solo murieron dos oficiales, el capitán Lory y el joven baron Randmer, que tantas locuras hizo con Federico en los bailes de Copenhague. Leí dos veces de arriba á bajo toda la lista; pero ¿se quedó Federico en Wals-trohm?

—Sí, respondió el conde.

—Pues bien, dijo la madre esforzándose por sonreír; te pido por favor que cuanto antes vuelva Federico de ese horrible país.

El canciller se desprendió con dificultad de los brazos suplicantes de su esposa.

—El tribunal me espera, la dijo. Adios, que lo que me pedís no depende de mí.

El conde salió bruscamente.

La condesa quedó sombría y pensativa.

—Que no depende de él!... ¡Y una palabra suya sería suficiente para devolverme á mi hijo! Siempre he creído que este hombre era malvado.

## XLIII.

JUEZ.  
Así mi poder se trata  
así el respeto se pierde  
á la justicia?  
(CALDERON.)

La asustada Ethel, que separaron los guardias de su padre á la salida de la torre del Leon de Slesvig, fué conducida, atravesando tenebrosos corredores, á una especie de celda oscura, cuya puerta cerraron tras ella.

Al lado de la celda opuesta á la puerta hay una abertura con reja, al través de la que penetra la luz de antorchas y de candelabros. Delante de la abertura hay colocado un banquillo, en el que está sentada una mujer cubierta con un velo y vestida de negro, que la hace seña de que se sienta á su lado. Ethel obedece sin replicar.

Dirige la vista á la abertura y un espectáculo imponente se presenta á sus ojos.

En la extremidad de una sala, cuyas paredes están cubiertas de paño negro, débilmente alumbrada por lámparas de cobre, suspendidas de la bóveda, se alza un tribunal negro en forma de semicírculo, que ocupan siete jueces, vestidos con negras togas, uno de los que está sentado en el centro, en un sillón más alto que el de los demás, y lleva al pecho cadenas de diamantes y placas de oro que relucen. El juez que se sienta á su derecha se distingue de los otros por su faja blanca y su manto de armiño, insignias del síndico mayor de la provincia. A la derecha del tribunal hay un estrado, cubierto por un dosel, donde está sentado un anciano, revestido de hábitos pontificales, y á la izquierda una mesa cargada de papeles, detrás de la que está en pié un hombre de baja estatura, que lleva grande peluca y que se envuelve en los pliegues de su negro y largo ropón.

Frente á los jueces hay un banco de madera, que rodean alabarderos con hachas encendidas, cuya luz, reflejada en un bosque de picas, de mosquetes y de partesanas, vierte vagos reflejos sobre las cabezas apiñadas de una multitud de espectadores, que se aprietan contra los hierros de la reja que los separa del tribunal.

Ethel contemplaba ese espectáculo como si asistiese á la realización de un sueño, sin embargo de que no podía mirar con indiferencia la escena que iba á representarse ante su vista, porque oía en

el fondo de su corazón una voz íntima que le advertía que estuviese atenta, porque iba á asistir á uno de los grandes acontecimientos de su vida. Su corazón era presa á la vez de dos agitaciones diferentes; quería saber hasta qué punto la interesaría la escena que iba á contemplar, ó no saberlo nunca. Hacia ya algunos días que la idea de haber perdido para siempre á Ordener le inspiraba el deseo desesperado de acabar con su existencia y poder leer de una ojeada todo el libro de su destino. Comprendiendo que iba á llegar la hora decisiva de su suerte, examinó el cuadro lúgubre que tenía delante, no con repugnancia, sino con una especie de alegría impaciente y fúnebre.

El tribunal se puso en pié y proclamó en nombre del rey que estaba abierta la audiencia de la justicia.

Ethel oyó que el hombre vestido de negro, colocado á la izquierda del tribunal, leía en voz baja y rápida un largo discurso, en el que el nombre de su padre, confundido con las palabras *conspiración, rebelion de los mineros y alta traición*, sonaba continuamente. Entonces recordó la prisionera lo que la dijo la desconocida dama en el jardín del castillo, respecto á la acusación que amenazaba á su padre, y se estremeció cuando oyó que el hombre del negro ropón terminaba su discurso con la palabra *muer-te*, enérgicamente articulada.

Llena de terror la pobre Ethel, volvióse hácia la mujer del negro velo, que le inspiraba aversión sin saber por qué, y la preguntó:

—Dónde estamos? ¿qué quiere decir todo eso?

Un gesto de su misteriosa compañera la impuso silencio, excitándola á que escuchase con atención: volvió, pues, la joven á dirigir la vista hácia la sala del tribunal.

El venerable anciano de hábitos episcopales se puso en pié y pronunció las siguientes palabras, con voz grave y sonora:

—“En el nombre de Dios Todopoderoso y misericordioso, yo, Pánfilo Eleuterio, obispo de la ciudad real de Drontheim y de la provincia real del Drontheimnus, saludo al respetable tribunal, que juzga en nombre del rey, nuestro señor, despues de Dios; y digo: que convencido de que los prisioneros presentados á este tribunal son hombres y cristianos, y que no tienen procuradores, declaro á los respetables jueces que es mi intención asistirlos con mis débiles fuerzas en la cruel



situación en que el cielo los quiso colocar; rogando á Dios que se digne prestar fuerza á nuestra flaca debilidad y luz á nuestra profunda ceguera: de este modo, yo, obispo de esta diócesis, saludo al respetable y justiciero tribunal.»,

Calló el obispo y, descendiendo del trono pontifical, fué á sentarse en el banco de madera destinado á los reos, en medio de un murmullo de aprobacion que se levantó entre la muchedumbre.

Levantóse el presidente y dijo con voz seca:

—Alabarderos, que se guarde silencio! —Señor obispo, el tribunal dá las gracias á vuestra reverencia en nombre de los prisioneros.—Habitantes del Drontheim-nus, estad atentos á la alta justicia del rey; el tribunal vá á juzgar sin apelacion.—Arqueros, que entren los acusados.

Callaron los espectadores, esperando con impaciencia y con terror, y todas sus cabezas se agitaban en la sombra, como las negras olas de un mar borrascoso, sobre el que vá á estallar la tempestad.

Pronto oyó Ethel sordo rumor y movimiento extraordinario que se prolongaban debajo de ella en las sombrías avenidas de la sala; luego se aquietó el auditorio; resonaron pasos multiplicados; alabardas y mosquetes brillaron; y luego seis hombres, cargados de cadenas y rodeados de guardias, penetraron con la cabeza descubierta en el recinto del tribunal. Ethel solo vió al primero de los seis acusados; era un viejo de barba blanca, vestido de negro: era su padre.

Apoyóse en la balaustrada de piedra que habia delante de su banquillo; movíanse los objetos ante sus ojos como si los viera entre confusa niebla, y parecía que el corazón le latía en los oídos. Al fin exclamó con voz apagada:

—Dios mio, tened compasion de mí!

La mujer encubierta se inclinó hácia ella y la hizo respirar esencias, que la despertaron del letargo en que estaba sumida.

—Noble señora, dijo reanimándose, decidme, por el amor de Dios, una sola palabra que me convenza de que no soy víctima de fantasmas del infierno.

La desconocida, sorda á sus súplicas, habia ya vuelto la cabeza hácia el tribunal, y la pobre Ethel, vuelta ya en sí, se resignó á imitar su silencio.

El presidente, en pié, dijo con voz lenta y solemne:

—Prisioneros, venís á nuestra presen-

cia para que examinemos si sois culpables de alta traicion, de conspiracion y de rebelion armada contra la autoridad del rey, nuestro soberano señor. Examinad vuestras conciencias, porque una acusacion de lesa majestad pesa sobre vosotros.

En este momento un rayo de luz reflejó en el semblante de uno de los seis prisioneros, en el de un jóven que inclinaba la cabeza sobre el pecho, como para ocultar sus facciones bajo los rizos de su larga cabellera. Extremecióse Ethel y sudor frio corrió por todos sus miembros; creyó reconocer en él... pero no, no podia ser, era una terrible ilusion: la sala tenia poca luz y los hombres se movian en ella como sombras; apenas se distinguia el Cristo grande, de ébano pulimentado, que estaba encima del sillón del presidente.

Aquel jóven, sin embargo, llevaba una capa que desde lejos parecia verde; sus desordenados cabellos tenian reflejos castaños, y el rayo de luz que iluminó su rostro... pero no, no podia ser; aquello era una horrible ilusion.

Los prisioneros estaban sentados en el mismo banco que el obispo. Colocóse Schumacker en una de las extremidades, y estaba separado del jóven de los cabellos castaños por sus cuatro compañeros de desgracia, groseramente vestidos, entre los que habia uno de colosales proporciones. En el otro extremo del banco estaba sentado el obispo.

El presidente se volvió hácia Schumacker y le dijo:

—Anciano, decid vuestro nombre y quién sois.

Levantó el anciano la venerable cabeza y contestó:

—Hubo un tiempo, dijo fijando la serena mirada en el presidente, en que me llamaba conde de Griffenfeld y de Tonsberg, príncipe de Wollin, príncipe del Sacro Imperio; era caballero de la real orden del Elefante, de la de Dannebrog, caballero del Toison de Oro de Alemania y de la Liga de Inglaterra, primer ministro, inspector general de las Universidades, gran canciller de Dinamarca y de...

El presidente le interrumpió:

—Acusado, el tribunal no os pregunta cómo os habeis llamado, ni lo que habeis sido, sino cómo os llamais y lo que sois.

—En ese caso, respondió el anciano con vivacidad, ahora me llamo Juan Schumacker, tengo sesenta y nueve años y ya no soy nada más que vuestro an-

tigo bienhechor, canceller Ahlefeld.

El presidente se turbó.

—Os reconocí, señor conde, añadió el ex-canciller, y como creí observar que no os sucedia á vos lo mismo, me tomé la libertad de recordar á vuestra gracia que somos antiguos amigos.

—Schumacker, dijo el presidente con acento en el que se traslucia la cólera concentrada, no hagais perder el tiempo al tribunal.

El exasperado preso le interrumpió otra vez:

—Hemos cambiado de papel, señor canceller; otras veces yo os llamaba sencillamente Ahlefeld y vos me llamábais señor conde.

—Acusado, replicó el presidente, estais agravando vuestra causa recordando el juicio infamante que desdora vuestro nombre.

—¡Si ese juicio es infamante para alguno, seguramente no lo es para mí!

El anciano se levantó para pronunciar con fuerza estas palabras.

El presidente le tendió la mano, diciéndole:

—Sentaos. No insulteis delante del tribunal á los jueces que pronunciaron vuestra sentencia y al rey que os dió esos jueces: tened presente que su majestad se dignó concederos la vida, y limitaos á defenderos.

Schumacker se encogió de hombros y no respondió.

—¿Teneis, dijo el presidente, que hacer alguna declaracion al tribunal relativa al crimen capital de que se os acusa?

Viendo que Schumacker guardaba silencio, el presidente repitió la pregunta.

—Hablais acaso conmigo? dijo el gran ex-canciller: yo creia, conde de Ahlefeld, que hablábais con vos mismo. ¿Qué crimen es ese de que se me acusa? ¿Dí acaso á algun amigo el beso de Judas? ¿Sepulté en un calabozo, sentencié á muerte y deshonré á mi bienhechor? Despojé de la hacienda al hombre á quien todo se lo debía? Ignoro verdaderamente, señor canceller, por qué se me trae aquí, como no sea para hacer ver vuestra habilidad para cortar cabezas inocentes. Deseos tengo, por cierto, de saber si sabeis perderme con tanta destreza como perdeis el reino.

Apenas concluyó de decir lo antecedente, el hombre colocado junto á la mesa á la izquierda del tribunal se puso en pié y dijo, inclinándose profundamente:

—Señor presidente, señores jueces, pido que se prohíba que tome la palabra á Juan Schumacker, si continúa injuriando de ese modo al presidente del tribunal.

El obispo respondió con tranquilo acento:

—Señor secretario íntimo, no se puede privar del uso de la palabra á un acusado.

—Teneis razon, reverendo obispo, contestó al punto el presidente: nuestra intencion es dejar á la defensa la mayor libertad posible. Solo me limitaré á aconsejar al acusado que modere su lenguaje si comprende sus verdaderos intereses.

Movió Schumacker la cabeza y dijo con frialdad:

—Parece que el conde de Ahlefeld tiene ahora más confianza en sus recursos que en 1677.

—Callaos, dijo el presidente; y dirigiéndose en el acto al prisionero que estaba más cerca del anciano, le preguntó cómo se llamaba.

Era aquel acusado un montañés de gigantesca estatura, cuya frente cubrian varios vendajes; se levantó y dijo:

—Yo soy Han de Klipstadur, en Islandia.

Extremecimiento de espanto se apoderó de la muchedumbre, y Schumacker levantó la cabeza, que habia ya inclinado sobre el pecho, y lanzó una brusca mirada á su formidable vecino, del que los otros acusados se alejaban lo que podian.

—Han de Islandia, dijo el presidente cuando se restableció el silencio, ¿qué teneis que alegar en vuestra defensa?

Quizás Ethel fué la que, entre los espectadores, supo con mayor espanto que estaba ante el famoso bandido que era para ella hacia ya algun tiempo objeto de sus desvelos y de su terror.

Fijó la mirada con temerosa avidez en el gigante monstruoso con quien acaso habia combatido Ordener y del que quizás éste fuera la víctima; esta idea acabó de desgarrar su corazón. Enteramente absorta en multitud de emociones desgarradoras, apenas oyó la respuesta que dió al presidente, en lenguaje grosero y confuso, Han de Islandia, en quien ella creia ver al asesino de Ordener: solo entendió que el bandido se declaraba jefe de las partidas rebeldes.

—¿Habeis tomado el mando de los insurgentes por voluntad propia ó por instigacion? le preguntó el presidente.